

La jaba de Cleva

Carlos Barbáchano

Mi amistad con Cleva Solís se intensificó cuando Dulce María Loynaz, a finales del 92, decidió nombrarla comisaria de las exposiciones y publicaciones oficiales que se harían con motivo de la entrega del Premio Cervantes. Antes la había visto con frecuencia en casa de Dulce y en el apartamento de Cintio y Fina, para ella dos verdaderos hermanos. Conocía bien sus escasos y preciosos libros de poemas, que tenía fotocopiados pues eran casi inencontrables. Con Lydia Cabrera, María Zambrano y Fina García Marruz era una de las mujeres de *Orígenes*.

Vivía con la hija tardía de Samuel Feijoó (para ser más precisos habría que decir que la hija tardía de Feijoó vivía con ella) y con el nietecito del maestro, al que quería y atendía con dedicación de abuela. Bajo su frágil apariencia de viejita despistada y surrealista, Cleva estaba al tanto de todo lo que sucedía en La Habana, tanto en sus mentideros intelectuales como en la calle misma. “Se ha enterado, Barbáchano, que...” “Dígame, Cleva, dígame”, era el *ábrete Sésamo* de las historias más recónditas.

Cuando la conocí ya estaba retirada de su puesto de trabajo en la Biblioteca Nacional. Pocas veces, sin embargo, he conocido a un retirado más activo; iba y venía con su enorme jaba de plástico en la que cabía todo un mundo. No recuerdo ahora quién se la había regalado; sólo sé que Cleva y su Jaba eran un todo inseparable, algo así como el cuerpo y el alma. En su jaba se almacenaban las exiguas compras de la libreta de racionamiento, fotocopias, libros, juguetes de su nietecito, cartas y documentos, todo lo que la imaginación y la cotidianeidad permitieran o no. Su jaba era una especie de lámpara de Aladino que podía depararte las más insospechadas sorpresas.

En la fría primavera del 93 y en el otoño del 94 viajé con Cleva a Madrid. Su primera y su última visita a España. En el primer viaje veníamos con la comitiva que acompañaba a Dulce María para recibir, de manos del Rey de España, el Premio Cervantes. Cleva no cabía en sí de felicidad. Su primer descubrimiento, en el vuelo de ida a Madrid, fue la cena que se servía a bordo: un auténtico banquete, considerando la frugalidad alimenticia diaria del cubano en la isla. En breve tiempo dio buena cuenta de su bandeja y se brindó a ultimar la de su más melindrosa vecina. El apetito de Cleva llegó a los oídos de Dulce María, con quien yo iba unas filas más adelante. “Díganle a Cleva—dijo con su habitual y suave ironía— que se tranquilice, no vaya a darle un shock proteico”. Al llegar a Madrid nos alojamos en la Residencia de Estudiantes y, en la semana y pico que permanecemos en la capital, nos dio a todos una lección de voracidad vital y entusiasmo cultural, naturalmente sin pretenderlo. A sus setenta y tantos años era la primera en levantarse, en ir a

los museos, a las librerías –donde gozaba de otro tipo de shocks– y a los grandes almacenes. En esos pocos días intentó saciar un hambre y una sed de décadas, con una energía y vitalidad pasmosas. Cleva llegó a ser la chispita de vida en un viaje lleno de emociones, ciertamente, pero también de tensiones, algunas absolutamente innecesarias, que algún día espero poder comentar.

Año y medio después regresaba a Madrid con Cleva y un numeroso grupo de escritores y poetas cubanos de dentro de la isla para celebrar en torno a Gastón Baquero, tras el milagro de una trabajosa salida de La Habana que fue final y felizmente posible, en la Casa de América y la Universidad Complutense, el cincuentenario de la revista *Orígenes*. Cleva y Reina María Rodríguez eran las dos poetisas del grupo, la joven y la madura poesía femenina cubana. Cleva seguía madrugando muchísimo y apenas coincidía con el resto de los expedicionarios, en parte por evitar la emoción del encuentro entre escritores –algunos de ellos amigos– que no se veían desde hacía un par de décadas (ella, tan emotiva, solía evitar cuidadosamente las emociones); también, desde luego, porque optaba por seguir viendo todo lo que no pudo ver durante tantos años y continuaba su descubrimiento de los museos y de las librerías madrileñas. Me veo ayudándola a subir, primero, a su habitación; a bajar, después, de su habitación al aeropuerto no sé cuántos tomos de voluminosos libros de arte que se llevaba para disfrutarlos en La Habana. Porque, se olvidaba con frecuencia, Cleva era y es una de las buenas pintoras ingenuistas cubanas, en la línea de su maestro Feijoo, también pintor y escritor.

A todas partes seguía yendo Cleva con su jaba enorme. En dos únicas ocasiones, creo recordar, la dejó de lado: en la solemne entrega del Premio Cervantes a Dulce María en Alcalá y en la recepción que se nos ofreció en el Palacio de Viana por el éxito del seminario *La isla entera*, que así se llamó la celebración en Madrid del cincuentenario de *Orígenes*. Justamente, con Cleva y su jaba, se inauguró dicho encuentro en la Casa de América. Nuestra buena amiga había escrito un texto, tan bello como extenso, del que se vio forzada a eliminar unas cuantas cuartillas que iba, inevitablemente, devolviendo a una jaba convertida en coprotagonista del acto. Visiblemente emocionada y ajena al micrófono que la molestaba –como a casi todos los hombres y mujeres de su generación–, estorbando el vaivén de las cuartillas que iban y venían de la jaba, su discurso fue una especie de inconsciente contestación a todos los actos inaugurales, y por tanto protocolares, del universo mundo, una festiva explosión de golpes amplificadas de cuartillas que aterrizaban o despegaban de la jaba, una suerte de portaviones poético que elevaba los bellos versos de Cleva, sus insólitas adjetivaciones, a la categoría espacial.

En ese espacio estrellado de las buenas gentes y de los buenos poetas, que tan pocas veces suelen compartir un mismo cuerpo, debe estar observándonos Cleva Solís, fiel escudera de Dulce María, a la que no ha querido dejar sola ni siquiera unos meses, al lado del gran Gastón. De vez en cuando me llama y, haciéndome un aparte, como tantas veces solía hacer, dícame callandito: “Barbáchano, es usted un bárbaro”.

Madrid, septiembre, 1997.